

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

N.º II.

VUELVA USTED MAÑANA.

Artículo del Bachiller.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Enero de 1833.

*Se hallará con los números anteriores en la
librería de Escamilla, calle de Carretas.*

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND
VOLUME 100 PART 1
1970

1970

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

1970

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND

1970

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
OF GREAT BRITAIN AND IRELAND



Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza: nosotros, que ya en uno de nuestros números anteriores estuvimos mas serios de lo que nunca nos habiamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por mas que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados seria un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á mas de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un estrangero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro pais una idea exagerada é hiperbólica, de

estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aun las tribus nomades del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestras ruinas; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia, establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los paises.

Verdad es que nuestro pais no es de aquellos que se conocen á primera ni á segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen, despues de sabidos, dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas estrañas. Muchas veces la falta

de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que mas quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprendibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que

viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fue preciso explicarme mas claro. Mirad, le dije, Mr. Sans-délai, que así se llamaba, vos venis decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos. — Ciertamente, me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quien soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquel me dé, legalizados en debida forma, y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues solo en

este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, sino me conviene estar mas tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; aun me sobran de los quince cinco días. — Al llegar aquí Mr. Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacia rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal mi grado. — Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarrón y formal, permitidme que os convide á comer para el día en que lleveis quince meses de estancia en Ma-

drid. — ¿Cómo? — Dentro de quince meses estais aqui todavia. — ¿Os burlais? — No por cierto. — ¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa! — Sabed que no estais en vuestro pais activo y trabajador. — ¡Oh! Los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal siempre de su pais por hacerse superiores á sus compatriotas. — Os aseguro que en los quince dias con que contaís no habreis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais. — ¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad. — Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la esperiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual solo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conoci-

do en conocido: encontrámoslo por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que *nos dieramos una vuelta por allí dentro de unos días*. Sonreime, y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos. — Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía. — Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente día, porque el amo acaba de salir. — Vuelva usted mañana, nos respondió al otro, porque el amo está durmiendo la siesta. — Vuelva usted mañana, nos repuso el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. ¿Qué día, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. — Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellidado Diez, y él habia entendido Diaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, deses-

perado ya de dar jamas con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor, de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa *escribir* no le hay en el pais.

No paró aqui: un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que le habia mandado llevarle en veinte y cuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince dias para plancharle una camisola; y el sombrero, á quien le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias

con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

¡Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai, le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares... — Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro días volvimos á saber el éxito de nuestra pretension. — Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuémonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero: vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy. Grandes negocios habrán cargado sobre él, dije yo: como soy el diablo, y aun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del correo entre manos que le debia costar trabajo acertar. — Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Díonos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el espediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de Mr. y su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado. Vivió el espediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habiamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenia unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda al-

guna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal espediente no correspondia á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondiente, y hétenos caminando despues de tres meses á la cola siempre de nuestro espediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso al llegar aqui que el espediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. De aqui se remitió con fecha de tantos, decian en uno. — Aqui no ha llegado nada, decian en otro. — ¡Voto vá! dije yo á Mr. Sans-délai: ¿sabeis que nuestro espediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los

empeños! ¡Vuelta á la prisa! ¡Qué delirio! — Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. — Es decir, que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de *volver* siempre mañana, salió con una notita al márgen, que decia: "A pesar de la justicia y utilidad del plan del esponente, negado." (1) ¡ Ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas: este es nuestro negocio. Pero Mr. de Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. — ¿ Para esto

(1) Ya se supone que esto es ideal todo, como debe serlo en artículos generales de costumbres. Si bien puede suceder, no sabemos que haya sucedido cosa semejante á persona determinada. Nunca creemos de mas estas satisfacciones.

he echado yo viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso mañana llega en fin nos dicen redondamente que *no*? ¿Y vengo á darles dinero? ¿Y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga mas enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras. — ¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es mas fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresion.

Ese hombre se va á perder, me decia un personage muy grave y muy patriótico. — Esa no es una razon, le repuse; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide: el llevará el castigo de su osadía, ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con

su intencion? — Y suponga usted que quiere tirar su dinero, y perderse; ¿no puede uno aqui morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa?—Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor estrangero quiere hacer. — ¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?— Sí, pero lo han hecho. — Seria lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con que porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno.— Asi está establecido; asi se ha hecho hasta aqui; asi lo seguiremos haciendo. — Por esa razon deberian darle á usted papilla todavia como cuando nació. — En fin, señor Bachiller, es un estrangero. — ¿Y por qué no lo hacen los natutales del pais? — Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre. — Señor mio, exclamé, sin llevar mas adelante mi paciencia: está usted en

un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno , y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada , de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él , no han encontrado otro medio que el de recurrir á los que sabian mas que ellas.

Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido , para arriesgar en él sus caudales , pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero ; si pierde , es un héroe ; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo , pues nos proporciona ventajas que no podíamos acorreamos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él dinero , como usted supone ; necesariamente se establece y se arraiga en él , y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo ; sus

mas caros intereses y su familia le ligan al nuevo pais que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido acaso una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán: en vez de estraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los estrangeros; á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia en gran parte su alto grado de esplendor; á los estrangeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar

á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados-Unidos::: pero veo en sus gestos de usted, concluí, interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas! La fortuna es que hay hombres que mandan mas ilustrados que usted, que desean el bien de su país, y dicen: hágase el milagro, y hágalo el diablo. Con el Gobierno que en el día tenemos no estamos ya en el caso de sucumbir á los ignorantes ó á los mal intencionados, y quizá ahora se logre que las cosas vayan á mejor, aunque despacio, mal que les pese á los batuecos.

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. Me marchó, señor Bachiller, me dijo: en este país *no hay tiempo* para hacer nada; solo me limitaré á ver lo que haya en la capital de mas notable. — ¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia:

mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.—¿Es posible?—¿Nunca me habeis de creer? Acordaos de los quince días::: — Un gesto de Mr. *Sans-délai* me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

Vuelva usted mañana, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial. — Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representósele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *soy un extranjero*. ¡Buena recomendacion entre los amables compatriotas míos! Aturdiáse mi amigo cada vez mas, y cada vez nos comprendia menos. Dias y dias tardamos en ver, á fuerza de esquelas y de *volver*, las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año *largo*, si es que puede haber un medio año mas largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria, maldiciendo dé esta tierra, dándome la razon que yo ya antes me tenia, y

llevando al extranjero noticias excelentes de nuestros batuecos, diciendo sobre todo, que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino *volver* siempre *mañana*, y que á la vuelta de tanto *mañana* eternamente futuro, lo mejor, ó mas bien lo único que habia podido hacer bueno habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que *vuelva* el dia de *mañana* con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para ojear los pocos folletos que tengo que darte ya, te contaré como á mí mismo, que todo esto veo, y conozco y callo mucho mas, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas,

perder de pereza mas de una conquista amorosa ; abandonar mas de una pretension empezada , y las esperanzas de mas de un empleo que me hubiera sido acaso , con mas actividad , poco menos que asequible ; renunciar , en fin , por pereza de hacer una visita justa ó necesaria , á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida ; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana ; te referiré que me levanto á las once , y duermo siesta ; que paso , haciendo el quinto pie de la mesa de un café , hablando ó roncando , como buen batueco , las siete y las ocho horas seguidas ; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo mas que una) , y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitio , y bostezando sin cesar , las doce ó la una de la madrugada ; que muchas noches no ceno de pereza , y de pereza no me acuesto ; en fin , lector de mi alma , te declararé que de tantas veces como es-

tuve en esta vida desesperado , ninguna me ahorqué, y siempre fue de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha mas de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *vuelva usted mañana* ; que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo ese tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la mas pueril credulidad en mis propias resoluciones: ¡eh! ¡*mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo ; pero ¡ay de aquel *mañana* que no ha de llegar jamas!

El Bachiller.

NOTA. Con el mayor dolor anunciamos al público de nuestros lectores que estamos ya á punto de concluir el plan reducido que en la publicacion de estos cuadernos nos habiamos creado. Pero no está en nuestra mano evitarlo.

Síntomas alarmantes nos anuncian que el hablador padece de la lengua: fórmasese un frenillo que le hace hablar mas pausada y menos enérgicamente que en su juventud. ¡Pobre Bachiller! Nos figuramos *que morirá por su propia voluntad*, y recomendamos por esto á nuestros apasionados y á sus preces este pobre *enfermo de aprension*, cansado ya de hablar.